

El olivo y la paz

Desde aquel día remoto, perennemente recordado por las palabras bíblicas, en que una blanca paloma llevó a Noé las verdes hojas de un olivo, éste es para nosotros —los de ideal cristiano— símbolo de paz. Fué, entonces, como el mensaje de que Dios daba nuevamente su gracia a los hombres, después del castigo impuesto a sus ofensas. Después, cuando Jesús aceptó aquel cáliz de amargura en Getsemani, lleno de las culpas de los humanos, estaba presente, con su figura humilde, el olivo; otra vez, en aquel momento trascendental de la Redención, era como blasón de la paz, que es sacrificio, perdón y amor.

Su misma naturaleza le hace merecedor de ostentar tal representación; arraiga

en terrenos pedregosos y casi estériles y sus raíces socavan hondo para extraer el precioso jugo que le dá vida; igual que en el pecho más duro puede plantarse el árbol de la bondad, y poco a poco erguirse y reproducirse y llegar a convertirse en inútil yermo, en fecondo campo de las más excelentes virtudes.

Con frecuencia el hombre de endeble razón expuesta a todas las corrientes, olvida que el principio de la paz y el medio de lograr su permanencia, son el trabajo fructífero y esa entrañable convivencia que debe haber en todos, y que significa, a un tiempo, comprensión y tolerancia para los inevitables defectos ajenos. Cuando esto sucede recurre torpemente, con miope visión,

a gritar bajo los balcones a alguien que, más torpe todavía pretende solucionar sus problemas, si existen, con palabras vanas y frases hechas de lugares comunes. Un tiempo hubo en que estos pueblos de Andalucía, aminadamente campesinos, abandonaron la manceba y la azada, la vara y la espuerta, para buscar un bienestar utópico, como si éste pudiera existir sin ese trabajo que Dios decretara para ganar el sustento. Pero por algo esta tierra es cuna de un Séneca—prototipo de español que sabe resignarse en la adversidad y encontrar, hasta en las más grandes ruinas del espíritu, el sentido de la dignidad que nunca muere— para que sus hijos reaccionarán y se dicesen cuenta del error, ha-

llándose a sí mismos, en medio de la caótica turbulencia de aquellos días.

Hoy, cuando veo pasar por las mañanas, apenas despunta el sol, esa comitiva de trabajadores, nidos braceros tostados por el sol y curtidos por el viento camino de sus labores; cuando observo el regreso de esas muchachas, tan femininas—¡por qué no!— con sus espuestas bajo el brazo y sus pantalones manchados de barro y aceite cantando alegres después la dura brega; cuando en soledad y quietud fecunda de los olivares, espesos y menudos como bosques, oigo la canción que entonces desconocido labriego cantaba andaluza cuyo origen se pierde en la lejanía de los tiempos, hecha de risas, de amores, de ausencias; cuando contemplo y siento todo ello, p-

(Continúa en séptima p...



Desde que una paloma blanca llevó a Noé las verdes hojas de un olivo, éste es para los cristianos un símbolo vivo de paz

"CORDOBA" 5-12-54

EL OLIVO Y LA PAZ
(Viene de la última pág.)

so, que ahí está la paz, esa paz que nuestra época tanto busca, y que nació como hija feliz de la comprensión y del amor de unas gentes sencillas, que no necesitaron para ello ni de la invención de ingenios belicistas, ni de complicados organismos internacionales, orgánicos de falsas sonrisas y sombras diplomáticas; porque les bastó su continuo labo- rar, callada y silenciosamente, como se hacen las grandes cosas que luego, conocidas, asombran a los superficiales. Que si consiguieron el sazonado fruto de la verdadera paz fué, a semejanza del que cuidó el olivo, en pago de sus trabajos y desvelos.

MIGUEL MOLINA